

150

Comma Caja 87-20.

*La Locura de  
Don Quijote*

**José Ingenieros**

# La Locura de Don Quijote (1)

No iban erradas las palabras que dijo el bachiller Sansón Carrasco acerca del gusto que tomaban las gentes de toda edad a la incomparable historia de las aventuras de Don Quijote. Es seguro que ningún alienista puede leerla sin sentirse tentado de anotar detalles que dicen relación con su singular locura; asombra la penetración con que Cervantes la analiza y la comprende aparte de tal o cual contradicción psicológica subordinada a las necesidades novelescas del relato. Va para un siglo que el ilustre Esquirol le prestó su alta sanción en breves palabras: "Se encuentra en Don Quijote una descripción admirable de la monomanía que vino en casi toda la Europa, después de las cruzadas"; y es sabido que otros alienistas han celebrados más tarde, en páginas expresivas la perspicacia médico-psicológica del manco inmortal.

Fácil es, por cierto hallar en su obra elementos de juicio para estudiar la locura de Alonso Quijano. No es un loco reconcentrado y taciturno, sino explicativo y locuaz; en todo halla ocasión para esparcirse, opinando a pelo y a redopelo. Desde que se acendra su afición por la lectura de libros de caballería, las personas que le frecuentan advierten en él los primeros síntomas de una preocupación exaltada; al fin se manifiesta en actos, con la resolución de salir en busca de aventuras.

El alma refiere al cura, más tarde, que de tiempo atrás "le había oído decir muchas veces, hablando entre sí que quería hacerse caballero andante, e irse a buscar aventuras por esos mundos"; y cuando el hi-

---

(1) Conferencia, pronuncia en 1900 en el Centro de Estudiantes de Medicina.

algo regresa maltrecho pidiendo que llamen a la sabia Urganda para que le cure y cate de sus heridas, confiesa el ama que todo lo ocurrido era de esperar: “¡Mira, en hora mala, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora; que sin que venga esa urgada le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez, y otras cientos estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!” Conociáanse, como se ve, el principio de la enfermedad y las causas que la habían determinado; pues por su parte, la sobrina, no se detuvo en confesar al barbero: “más yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes”.

El proceso inicial de su locura es lento; la lectura de los fabulosos libros actúa sobre su temperamento predispuesto poco a poco. Y que le harían daño bien pudo predecirlo el cura de su lugar, cuando se entretenían los dos en discutir sobre si fué mejor caballero Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula, siendo este último el que Quijano tomaría particularmente por modelo de sus propias imaginarias hazañas.

Su salida, con el bobalicón de Sancho no fué ocurrencia imprevista; Quijano hablaba siempre de lo mismo — cada loco con su tema — —hasta que “del poco dormir y de mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”. Con eso “se le llenó la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamiento como de pendencia, batalla, desafío, heridas, requiebros, amores, tormentos y disparates imposibles”.

La causa inmediata de su locura, fué, en suma, la constante sugestión de los pícaros libros; pero de seguro que ellos no le hubieran trastornado si no estuviese predispuesto, como no trastornaron al cura que,

sin duda, los leía también, pues tenía autoridad para discutir sobre el mérito singular de los paladines. Pero en Quijano fallaba algún resorte cerebral. Ello le inducía a mirar como realidades las patrañas escritas, a punto de que "se le asentó de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo". Fué así que su delirio se constituyó poco a poco, sistematizándose en torno de una idea central, que era por una parte la de imitar la gesta de los andantes caballeros y por otra la de luchar con ellos y vencerlos: y vino, al fin, "a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo y fué, que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban deshaciendo todo género de agravios, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama".

Monomanía, pues, tal como hace un siglo la denominó Esquirol. Merece notarse la justeza de su desarrollo progresivo tan propio de estos que ahora llamamos "delirios sistematizados"; pero, en rigor, es un poco tardía la edad de cincuenta años a que aparece en el enjuto hidalgo.

Su primera salida no señala el comienzo de su locura sino el momento en que el delirio influye sobre la conducta y se manifiesta en actos. Los primitivos soliloquios van a ser suplidos desde ese momento por copiosas explicaciones y las noches de mal velar por atropellos de que habitualmente le tocaría la peor parte.

\* \* \*

No es disimulador, no sabe defenderse ocultando su

delirio, como los monomaniacos aleccionados por la experiencia. Hace ostentación de su disparatería, y en términos tales que cuantos tienen algo que ver con él, comprenden que está loco, los más para reírse, y algunos para perdonarle. El ventero andaluz, con quien tropezó a las primeras de cambio, tenía ya algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped y confirmó su opinión cuando acabó de oír las razones del hidalgo; y como era un poco socarrón, “por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor”. No con tanta impunidad como pensaba, sin embargo; pues cuando el hidalgo se puso a velar las armas junto al pozo y tuvo incidentes de lanzadas con los arrieros arremetieron éstos para vengar a los heridos y vióse en aprietos el ventero porque no corriese más sangre y “daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco y que por loco se libraría aunque los matase a todos”. Cuantos le ven y le escuchan, después, comprenden que tanta máquina de necedades era movida por demasiada falta de juicio. El mismo Sancho, que en parte a veces se contagiaba de sus oraterías, cuando hubo de ir en embajada a Dulcines, no pudo menos de reflexionar: “Este mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo”; reflexión que no es única, porque alguna vez esperanzado en dar con un talego lleno de doblones, dice al escudero del Caballero del Bosque; “y el rato que en esto pienso, se me hacen más fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con ese mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero”. Ratifican más tarde este juicio en presencia de la Duquesa: “y lo primero que digo es, que yo tengo a mi señor Don Quijote por loco rematado; puesto que algunas veces dice cosas que, a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Sata-

nás no las podría decir mejores; pero, con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, a mí se me ha asentado que es un mentecato”. Pero Sancho no revela mucha firmeza en su apreciación; si a veces afirma, otras duda, y no pocas defiende la cordura de su amo, demostrando creer en ella casi todas las veces que con disparatadas promesas halaga sus esperanzas de aventajamientos materiales.

\* \* \*

Todos reconocen, por lo común, que su locura es parcial y sistematizada; su lucidez de espíritu asombra en ciertos razonamientos y en ningún instante hay desmedro de su personalidad moral. Con razón le observa el Cura a Cardenio: “otra cosa hay en ello; que, fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y capaz de todo; de manera que, como no le toquen sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento”. Esa causa nos explica las dudas que inquietan a Don Diego de Miranda, el caballero del Verde Gabán, discreto personaje que no se decide a tener por loco a quien tan bello discurso le espeta sobre la poesía, ni por cuerdo a quien imagina ser verdaderas las historias de caballerías: “todo atento a mirar y a notar los hechos y las palabras de Don Quijote pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba a cuerdo”, pues como ignoraba la primera parte de su historia no sabía el género de su locura y “ya le tenía por cuerdo, ya por loco; porque lo que habla era concertado, temerario y tonto”. Sólo inclino su juicio, al fin, la superlativa locura del reto a los leones, que le dejó pasmado y confuso.

No es de sorprender que la ruidosa monomanía de grandezas perturbara al hidalgo en la apreciación de cuanto en torno suyo acontecía o con su locura se relacionaba. Con igual firmeza cree celada de finísimo

encaje su media calada de cartón, como tiene a su mal rocín por superior al Bucéfalo de Alejandro y a Babieca del Cid; y cuando encuentra a una señora que va en coche a Sevilla por princesa la da y por encantadores a los frailes que la acompañan; y la venta de Palomeque el Zurdo se le imagina castillo; y la doncella, princesa que “a furto de sus padres, vendrá a yacer él una buena pieza”; y el agujero del pájaro por donde ella le llama, ventana del castillo, y aun con doradas rejas.

Sus ilusiones son innumerables y no le dan reposo un solo día. En la venta, que juzga castillo, observa su puente levadizo y la honda cava; son graciosas damas, naturalmente, las mujeres del partido. El porquero que toca su cuerno para recoger la piara se le antoja “algún enano que hacía señal de la venida del caballero” y áurero” encantado yelmo de Mambrino” la bacía de azófar del barbero lugareño. Pero entre todas sus ilusiones los molines de viento con desaferados gigantes y los rebaños de carneros con ejércitos que iban a reñir batalla, motivando la estrepitosísima aventura, tan semejante a la de Ajax — que en un paroxismo de locura degolló un rebaño de carneros vociferando que mataba a Agamenón, a Ulises y a Menelao — según se imagina en la conocida sátira de Horacio.

Tales ilusiones persisten en toda la psicopatía del hidalgo, con más tenacidad que las alucinaciones; éstas abundan al principio pero a poco se hacen raras, lo que no deja de ser anómalo desde el punto de vista psiquiátrico. No se ha señalado, que sepamos, ese hecho singular, por el cual la monomanía de Don Quijote se convierte a poco andar en lo que hoy se llama: “delirio de interpretación”, caracterizado por interpretaciones delirantes no acompañadas de alucinaciones de los sentidos.

Al principio, sin embargo, las alucinaciones abundan. La sobrina cuenta a maese Nicolás “que muchas

veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus dos noches; al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decía que era sangre de las heridas que había recibido en las batallas; y bebíase luego un gran jarro de agua fría y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua, era una preciosísima bebida que la había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo". Este acceso maníaco y alucinatorio es análogo al que le acomete mientras el cura y el barbero hacen el escrutinio de los caballerescos libros, pues oyen que Don Quijote clama desde su aposento: "¡Aquí, aquí valerosos caballeros! ¡Aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos; que los cortesanos llevan la mejor del torneo!"; y el cura que se esfuerza por tranquilizarle explica su demasiada fatiga: "ferido no, pero molido y quebrantado no hay duda en ello porque aquel bastardo de Don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina". Y son alucinaciones también, aunque del oído, las que en presencia de los rebaños le hacen oír "el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines el ruido de los tambores", mientras el cauteoso Sancho afirma no oír otra cosa que tímidos balidos de ovejas y carneros.

\* \* \*

Sobraba todo ello para alterar la conducta del manchego poniéndole en perpetua exaltación, rayana a veces en furor; no dudando jamás de su fuerza física ni de su infalibilidad de criterio como tampoco de su misión extraordinaria contra foliones y encantadores, su arrogancia y tenacidad tocan en la ceguera misma: "Yo sé quién soy y sé que puedo ser, no sólo lo que he dicho, sino los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que

ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventurarán las mías''. No sorprende que con tan al idea de sí mismo, diga y haga los mayores absurdos. Después de la batalla con el vizcaíno, pregunta a Sancho si ha visto caballero más valeroso en todo lo descubierto de la tierra; cuando se apresta a tomar venganza de los yangüeses que han apaleado a Rocinante, contesta el escudero que no importa su mucho número pues vale él solo más que ciento, y así le cuesta su bravata; y cuando va, maniatado en la jaula, espeta al Canónigo el siguiente elogio de sí mismo, acaso el más hiperbólico de cuantos frecuentemente brotaban de sus labios: "Caballero adante soy, y no de aque'los de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria sino de aquellos que, a despecho de la misma envidia y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopía, ha de poner su nombre en el tiempo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quieren llegar a la cumbre y honrosa alteza de las armas''.

Pensando así, no podían arredrarle potencias humanas, mágicas, salvajes, ni infernales. Humanos eran que arremetió y humano el escuadrón de Alifanfarón los treinta y tantos desaforados gigantes contra los en que se encontró en auxilio de Pentapolín del arremangado brazo; mágicos los batanes, cuyo pavoroso retumbar en la noche solitaria soportó hasta que llegada el alba emprendiese la aventura, mientras Sancho se ponía a maoler y motivaba la escena tragicómica no exenta de caballerescas dignidad; salvajes las potencias de la más desatentada aventura — y de todos, a fe, la más gloriosa — cuando abre la puerta a los leones, con épica y espantadora insensatez: "¿Leoncitos a mí? ¿a mí leoncitos, y a tales horas?; pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy hombre que se espanta de leones''. No compren-

de, en fin, que quien no teme a los hombres, a los vestigios y a las fuerzas, la quiera emprender con el demonio mismo, cuando cree que éste es quien le ha sacudido con vejigas el jumento, en la ocasión de toparse amo y criado con la bojjinganga de Angulo el Malo.

Ese exaltado heroísmo se turna con verdaderos accesos de furor maniaco, como en la pelea contra los cueros de vino o en la función de los titeres, y también cuando Madásima, y otras más veces en el curso de las aventuras. Esos raros episodios de confusión mental, o de enfurecida ceguera, no alteran sin embargo el rasgo esencial de su psicopatía: la lucidez en el razonar, que en toda oportunidad persiste, dando vigorosos relieve a sus interpretaciones delirantes. En pocos, muy pocos momentos, el hidalgo olvida la lógica de su delirio; así cuando los Duques se sientan a su mesa y Don Quijote escucha con severa dignidad los reproches que le hace el eclesiástico, tratando de locuras sus ideas y sus actos. ¿Cómo lo tolera? ¿Quijote es, por un momento, Quijano? ¿O será que el fausto del nedio y el rango de los personajes pueden más que su delirio mismo, y le imponen cierta humilde cunencia que nunca gasta con personas de alcurnia inferior? No es simple respeto por la autoridad, pues jamás la tuvo por la seglar ni por la eclesiástica, aunque con esta última no halló ocasión de reñir como con a otra; pero el hecho es que quien a campo abierto soltaba malandrines y forzados que marchaban a galeras, en casa de los duques parece recobrar un instante la cordura de su antiguo estado y soporta el responso más cejjunto que nunca atormentara los oídos de caballero alguno.

\* \* \*

Habría que transcribir cien párrafos para dar idea total de los síntomas y manifestaciones psicopáticas que analiza Cervantes en la novela. Aunque todas se desenvuelven en torno de la monomanía caballeresca,

dos merecen especial mención, por su manera de exteriorizarse y por su valor clínico particularmente significativo.

Primera es la erotomanía, en que se expresa el amor de imaginación pura, llamado amor platónico. Fuerza es decir que independientemente de Dulcinea, el síntoma existe en Don Quijote como simple consecuencia de su megalomanía. Siendo tan alta la idea de su propia superioridad, encuentra natural que las mujeres todas se prenden de él y muy a su pesar; así cuando oye el canto de la Altisidora, da el caballero un triste y grande suspiro de condolencia por la infeliz que de él presume enamorada: “¡Qué tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore!” Es el mismo erotómano que había desengañado con apuestas palabras a la hija del ventero, suponiéndola enamorada también: “Y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosla en continente, si bien me pidiédes un guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todas culebras o ya los mismos rayos del sol, encerrados en una redoma”. Ese sentimiento erotomaniaco es, como vemos, un aspecto particular de las ideas de grandeza que perturban su personalidad; es el complemento de la monomanía cabaleresca, pues caballero sin dama no había alguno que tuviese aventuras en la crónica de caballería que le traían desvenecijado e magín. Por eso cuando Vivaldo le insinúa que pudo haber caballeros que no estuviesen enamorados, el hidalgo repone con presteza que “eso no puede ser; digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halla caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo

sino por bastardo, que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta sino por las bardas, como salteador y ladrón”. Justo fué que quien tal pensaba no emprendiese sus andanzas sin antes votar sus aventuras a una dama fantástica; tanto lo es que él mismo no está bien seguro de haberla amado, pues cuando despide a Sancho en Sierra Morena, para que le lleve una carta de amores, dícele con vaguedad “hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido mirar, y aún esto tan de cuando en cuando que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos, que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba”. He ahí, en un solo párrafo, toda la psicología de erotómano carecterística inconfundible amor de la imaginación, sin la menor complicidad con los sentidos. Y como Sancho se atreviera a deducir, en casa de la Duquesa, que ni Don Quijote ha visto a la Dulcinea, ni ésta más que una “dama fantástica” que el hidalgo engendró y parió en su entendimiento, el amoroso caballero que no se decidió a mentir al rebatirle: “En eso hay mucho que decir. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo; o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar a cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea: una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grandor de perfección que en las hermosas humildementes nacidas”.

Esos son relámpagos de relativa razón en su delirio. De ordinario, Don Quijote no duda de que ella existe y si dudara no fuese caballero, oponiéndose sobre tal punto al dudar del propio Sancho; y como éste a veces no es respetuoso, le impreca: “pues no lo penséis, bellaco descomulgado; que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabéis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, y ¿quién pensáis que ha ganado este reino, y cortado la cabeza a este gigante, y héchoos a vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida, y ser”.

Siendo tanto su amor, no es sorprendente que se acompañe del sufrir, que amor y pena son paralelos en la imaginación como en los sentidos. Por eso, apenas hubo salido de su casa, termina su soliloquio con palabras de amante dolerida: “¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra hermosura. Plégaos señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece”. Todas las veces que la alude, es con metáfora o mediante comparaciones, no gustándole descender a detalles preciosos; así cuando la Duquesa le pide que se la describa, se limita a declamar que es pedirle imposibles, pues ni le bastarán los pinceles de Parrasio, de Timantio y de Apeles para hacerlo, ni los buriles de Lisipo para grabarla en tablas, en mármoles o en bronce, ni la oratoria de Cicerone o Demóstenes para alabarla.

Tal debía ser, por otra parte, para que le inspirase tan altos hechos y pusiese en su corazón tanto valor

en la hora de defender su fama y primado. A los mercaderes toledanos los detiene con alaridos: "Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo toda doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso"; y en cien ocasiones, como cuando se cree tentado por Altisidora enamorada, jura y rejure que ninguna logrará sacar de su corazón el amor de Dulcinea, porque ninguna podrá con ella compararse en hermosura, gallardía, honestidad, linaje y discreción.

\* \* \*

En otro aspecto de interés, entre los temas delirantes secundarios, es su certidumbre de conquistar reinos y tesoros, de los que promete sin cesar no poca parte al incauto Sancho. Verdad es que éste por momentos duda de que su amo es loco y desespera de alcanzar los paraísos terrenales prometidos; verdad, también, que a veces asoma en él cierta basta picardía que le lleva a tramar pequeños embrollos al hidalgo, cuando no se atreve, como en la escena famosa, a acogotarle en defensa propia y a amenazarle con poner sus burdas manos sobre las caballerescas mejillas. Pero son raros minutos. Por lo general, Sancho cree que su señor es andante caballero, espera el gobierno de una ínsula y sueña que a su Teresa Panza le vendrá mejor ser condesa que reina; él mismo se mueve dentro del mundo quimérico forjado por los lirios del hidalgo.

Sancho, además de sanchesco, es un delirante por sugestión; que de otro modo, y aun confesando a veces que a loco nadie le gana a su amo, no quedará un solo día con él, sabiendo, por testimonio de sus costillas, que en todas las aventuras le toca llevar la parte peor de la merienda. Quien le peya las barbas y quien le ablanda a puñadas; manteos para él y para él estacazos; las tundas más sonoras las recibe Sancho y suya son las posaderas que buscan todas las coces. Sin embargo Sancho sigue fielmente al culpable, codicioso de las recompensas. Duda a veces de los hechos y cier-

to está con frecuencia de que su amo tiene dos cerebros destornillados pero de sus promesas no suele dudar sino por acaso. Cuando el bribonzuelo de Pasamonte quiere hacer pedazos el yelmo de Mambrino, que Sancho recoge, es singular que el escudero avance sus opiniones hasta más allá de lo tolerable: “¡Vive Dios, señor caballero de Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballería y de alcanzar reinos e imperios, de dor ínsulos y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de los caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña o patraña, o como la llamáremos; porque quien oyere decir a vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este error en más de medio día, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener huero el juicio?” Y está en razón, como que la hacía la lleva en el costal toda abollada, y la lleva para aderezarla en su casa y hacerse la barba en ella. Pero... Sncho cree, cree y espera. Sancho es el súculo, está sugestionado por el hidalgo, que es su íncubo. Sigue creyendo, no sólo porque es débil de espíritu, sino porque le conviene creer. Y muchas son las veces que su imaginación se vuela por esas nubes de ínsulas y talegas, con tan candorosa fe que el más loco de los dos se atreve a reprehenderle para que no se aparte de la realidad.

\* \* \*

Es interesante la figura juvenil y picaresca del bachiller Sansón Carrasco, el improvisado psiquiatra que resuelve curar a Don Quijote, atento a que es del mismo lugar y condolido de su locura y sandez. Le aplica el “simila similibus” a su modo, que es dando cuerda a su delirio en vez de llevarle inútilmente la contra. Caballero por fisga, sale él también a desfacer entuertos y en busca de aventuras. La primera salida no es afortunada para el Caballero del Bosque o de Los Es-

pejos, que Don Quijote lleva por delante y deja mal-trecho. Tuvo mejor suerte cuando reapareció en la playa de Barcelona, transfigurado en Caballero de Blanca Luna; procedió con tino el bachiller, a merced de ser más precavido en la elección de caballo.

Cuando se vióse caído el hidalgo, y rendido al acero de su rival, pidió que le quitaran la vida ya que le habían privado de la honra. “Eso no haré por cierto — repuso el vencedor;—viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea de Toboso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla”. Ningún procedimiento más ingenioso que valerse del propio delirio para inducir al loco a desistir de sus correrías; fué justo pensar que una palabra dada por el caballero, en su calidad de tal, y con reservas satisfactorias para la fama de su Dulcinea, sería la más segura prenda de cordura en los actos, ya que no en los razonamientos.

Desde ese momento se inicia en él de la Triste Figura una transformación de su personalidad delirante, más adaptada, por cierto, al curso de la novela que a la verdad clínica. No es de confundir este lento proceso con otros transitorios que antes han ocurrido en él. Cuando había quedado tendido en el suelo, apaleado por los mozos de mulas habíase creído transformado el Baldovino; cuando el labrador Alonso le montó sobre el jumento, en Abindanarráez; y otra vez, en Reynaldos de Montalván, sin ser esas sus únicas metamorfosis durante las crisis de su agudo delirio.

De vuelta de Barcelona el cuadro cambia; es el núcleo central del delirio lo que se transforma, a la vez que pasa de la agitación a la melancolía, su delirio caballeresco se convierte en delirio pastoril. Y es pasando por el mismo lugar en que a la ida les atropellasen los toros, donde dice al escudero: “Este es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pas-

tores que en él querían ronvar e imitar a la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya invitación, si es que a tí te parece bien, querría. ¡Oh Sancho! que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido''. Desde ese momento se repiten las aspiraciones pastoriles y cuando llega a su hogar no piensa en Amarilis. El mismo Sancho se ve cantando a la luna sus cuitas, en egló-gicos vergeles poblados de pastores y sagalas. Confesemos que esta transformación de la personalidad delirante es, de toda evidencia, absurda. Los monomaniacos sistematizados, pasan generalmente del delirio de grandezas al de las persecuciones; y a fe que en el caso de Quijote, después del lance en que le dominó el Caballero de la Blanca Luna, todo convergía a que se convirtiese en perseguido, explicando su vencimiento por las malas artes ocultas de sus enemigos los encantadores. Pero esa transformación era, novelescamente, la menos propia para precipitar el ya urgente desenlace; Cervantes no era ni tenía por qué ser alienista, sino hombre de letras de su tiempo lo que explica sobradamente que en pleno contraste con el delirio nacido en un género literario, mostrase otro nacido en el género opuesto. Y no sería osado suponer que si fué su ánimo inicial poner en solfa los libros de caballería, al fin quiso, con igual ánimo, marcar con el mismo estigma los de bucólica.

Con sus nuevas ideas, que tanto desconcertaron al Ama y a la Sobrina, como a los amigos Cura y Barbero, el hidalgo regresó a su lugar, pero tan acabado por los desabrimientos y melancolías que se le arraigó una calentura, suficiente para tenerle en el lecho seis días. Su imaginación decae entonces a la par de su físico; las mismas quimeras bucólicas del viaje parecen interesarle de menos en menos, como si la flaqueza del organismo se negara ya a soportar el peso de tanto desatino.

Llegamos así a la escena final, la más discutible, clínicamente, de todo el libro, aunque no de las menos bellas y conmovedoras desde el punto de vista literario. Después de un profundo sueño de seis horas no despierta Don Quijote, sino Alonso Quijano; por este misterioso fenómeno de curación repentina, el hidalgo reniega de todas las ideas delirante que constituyeran su monomanía. Con el juicio libre y claro reconoce los disparates y embelecos que pusiera en su magín los libros fatales: "Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me puse por haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino". Los que le rodean no están seguros de que ésta no sea una nueva dirección de su locura, pero al fin se resignan a comprender que el bueno de Quijano ha vuelto a su juicio y le preparan la confesión y el testamento. En vano Sancho — que no está curado de las sugerencias del amo — vuelve a hablar de ellas; en vano el bachiller, entre piadoso y desconfiado, suelta algunas palabrejas, para poner a prueba al hidalgo. Este se ha curado, y tan en demasía, que llama al orden a sus asombrados amigos: "Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno".

No es admisible, en verdad, este género de curación de la monomanía ni después de dormir, ni antes de la muerte. Un delirio maniáco agudo, que de pronto viene, puede irse bruscamente, y no es raro que tal suceda. Pero un delirio sistematizado que poco a poco se organiza y transforma gradualmente la personalidad del enfermo, nunca puede extinguirse de tan feliz manera, ni aun en trance de bien morir.

Sobre este último punto adhirió Cervantes a una

creencia popular muy difundida, que sólo tiene apariencias de verdad. Es exacto en efecto, que muchos locos dejan de expresar locuras en sus últimas horas de vida; pero ello no significa que recobren la razón, sino que su actividad mental se suspende poco a poco. Ese proceso, es harto sabido, comienza por disolver las adquisiciones más recientes de la personalidad, es decir, las más "racionales", persistiendo las más antiguas, que son las instintivas. En esas condiciones, las ideas delirantes desaparecen antes que los instintos relacionados con la vida orgánica y aun con los sentimientos familiares. El alienado no recobra, pues, su razón normal, se limita a perder su razón anormal; no vuelve a la cordura, pasa a la demencia, tal como ocurre en la evolución natural de todos los delirios sistematizados. Una curiosa interpretación sugiere que los delirantes se vuelven cuerdos antes de morir, siendo así que todo se reduce a la pérdida de la capacidad de delirar.

\* \* \*

Tal es ante la crítica médico psicológica, el valor de la obra inmortal en que piensan y actúan, en perpetuo contraste, las figuras del hidalgo y del escudero. Al comenzar su lectura parece una historia cómica, cuyos protagonistas mueven a risa; después, insensiblemente, es forzoso encariñarse con ellos, amarlos, con todas sus locuras, con todas sus necesidades. Al fin, sufre el lector ante las torpezas de los cuerdos que forman la sociedad picaresca en que el Hidalgo da rienda suelta a su monomanía de justicia.

Nobles o villanos, sacerdotes o laicos, los que se burlan del andante caballero suelen ser moralmente inferiores a él, todos viven de abusos, de injusticias, de parasitismo; y el libro, sin decirlo, resulta una crítica profunda de la sociedad de su tiempo y de los sentimientos que ella estimulaba en el común de los hombres.

Misero obrero de la pluma, Cervantes pensó su libro

en una cárcel, preso por deudas; bajo el disfraz de la novela su obra parece un gemido de la experiencia, el lamento de quien ve estrellarse sus ideales contra la realidad. Su reír es desgarrador, porque parece burla de los propios ensueños, de los mejores impulsos del ánimo generoso. Bajo su risa hay una verdad perenne en el corazón de cuantos persiguen un ideal y sufren el incesante choque de la incomprensión ajena..

El arte, en vez de limitarse a reproducir la realidad, la transfigura y la idealiza, la expresa en símbolos. En los primeros poetas se hermanaban con la belleza el saber y la moral; los cantos de Homero y de Hesíodo contenían toda la ética y toda la ciencia de su tiempo, como la contienen Dante y Shakespeare, Cervantes y Goethe.

El arte por el arte es forma hueca flor de invierno, que pronto se agosta al contacto del aire y del sol. El arte es humanidad y para la humanidad, nace y muere con las libres corrientes de la vida; es grito de lo mejor o hacia lo mejor, deducido de la realidad misma. Y es tanto más admirable el genio literario, más duradera su obra, cuanto más humanidad contiene palpitante, "vida viviente", llena a la par de verdad y de belleza, fundiendo en una misma síntesis los valores lógicos del pensamiento y los valores estéticos de la forma, lo real de la experiencia y lo ideal de la imaginación.